

Jesús López-Medel Bascones

LAS REPÚBLICAS EX SOVIÉTICAS
VEINTE AÑOS DESPUÉS DE LA
DISOLUCIÓN DE LA URSS

LAS REPÚBLICAS EX SOVIÉTICAS VEINTE AÑOS DESPUÉS DE LA DISOLUCIÓN DE LA URSS

Resumen:

Hace ahora 20 años, el 19 de agosto de 1991, comenzó el golpe de Estado contra Mijaíl Gorbachov, el Presidente del mayor imperio surgido en el siglo XX. A partir de ahí se desencadenó un proceso vertiginoso que dio lugar a que en apenas cuatro meses ese imperio se desintegrara.

Abstract:

20 years ago, on August 19, 1991, began the coup against Mikhail Gorbachev, President of the greatest empire emerged in the twentieth century. From there it sparked a rapid process that resulted in just four months in that empire disintegrates.

Palabras clave:

Gorbachov, Perestroika, Tymoshenko, Unión Soviética.

Keywords:

Gorbachev, Perestroika, Tymoshenko, the Soviet Union.

Hace ahora 20 años, el 19 de agosto de 1991, comenzó el golpe de Estado contra Mijaíl Gorbachov, el Presidente del mayor imperio surgido en el siglo XX. A partir de ahí se desencadenó un proceso vertiginoso que dio lugar a que en apenas cuatro meses ese imperio se desintegrara.

Fueron tres intensos días los que Mijaíl Gorbachov estuvo retenido en la dacha presidencial de Crimea donde veraneaba. El golpe de Estado fracasó pero su víctima volvería a Moscú derrotado. Comenzaba a ser historia frente a quien había liderado la oposición a los golpistas. Y, además, con un resultado inaudito: el golpe de Estado fracasó pero el efecto fue que el propio Estado desapareciese. A su vuelta a Moscú, afirmaría “He vuelto a un país que ya no es el mismo”.

Pese a los trágicos y cruciales acontecimientos acaecidos en la víspera, Gorbachov participó el 23 de agosto de 1991 en la ceremonia de entrega de cartas credenciales a los nuevos embajadores extranjeros llegados a Moscú. Entre ellos se encontraba el estadounidense, Robert Strauss, con quien el máximo dirigente soviético tuvo un breve encuentro.

Intentó convencerle que, pese a lo sucedido, la situación en la URSS estaba bajo control y que él mantenía aún sujetas las riendas del Estado.

Pero eso no era real. Aunque el golpe de Estado fracasó, el resultado no fue un reforzamiento de la figura presidencial que salió notoriamente mermada, siendo otro, el líder de la República rusa, Boris Yeltsin quien emergiera como salvador frente a la pretensión de los golpistas de volver a la caverna.

No obstante, Mijail Gorbachov seguía siendo, aunque muy debilitado, presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero varias ya comenzaban a volar por sí mismas.

La URSS se configuraba hasta entonces como una unión de territorios constituidos en Repúblicas y vinculadas al poder central a través de un centralismo proveniente de Moscú y que condicionaba no solo la economía o la política sino también la vida cotidiana de los ciudadanos.

Verdaderamente esos territorios y esas gentes (300 millones) tenían diverso origen en muchos sentidos. Pero historia, cultura, idioma y sentimientos de identidad colectiva propios de cada pueblo fueron sacrificados en aras de una macropotencia que por su ideología internacionalista, extensión, población y poderío militar era un imperio.

El centralismo desde Moscú suponía que en un territorio tan amplio y con tantas distancias, todo estuviese bajo control y apenas fueron respetadas las singularidades de cada nación. Los diversos pueblos donde con mayor o menor intensidad tenían elementos que respondían a unas características identitarias propias, veían como el centralismo totalitario comunista limitaba y despreciaba sus referencias singulares.

También les condicionaba su propia existencia como repúblicas en función de los intereses del dirigismo de un mundo político alejado miles de kilómetros y con unos delegados sucursalistas más ocupados en cumplir los planes emanados del poder central que de aprovechar las potencialidades de cada nación.

Cada una de ellas estaba al servicio y en función del todo y desde ese totalitarismo la aspiración humana a remarcar su propia identidad personal y colectiva era asfixiada. Hasta que todo ese entramado comenzó a resquebrajarse...

Lo que estaba narcotizado a cientos o miles de kilómetros del Kremlin comenzaría a ahuyentar los miedos cuando los dirigentes del sistema intentaron abrir alguna puerta que permitiese mantener en pie un viejo edificio cuyas gritas eran ya de diversa naturaleza a las que se sumaban las de carácter territorial. Y estas tenían gran dimensión.

La perestroika, impulsada por M. Gorbachov, despertaría los sueños de pueblos diversos que vieron que era el momento de reflejar y reivindicar con fuerza su propia identidad y sus anhelos nacionalistas o políticos.

En diversas Repúblicas se alentaban esos movimientos tomando por base el artículo 72 de la Constitución de la URSS donde se expresaba que cualquier República integrante de la Unión Soviética era libre de separarse, lo cual era más teórico que real dado no solo el control del centralismo sino también por los requisitos complejos para llevar a cabo esa posibilidad.

Muchos años después, ya en 1990, se aprobaría una ley en base a la cual una República podía salirse de la Unión si dos terceras partes de los votantes lo declaraban así en un referéndum.

En algunos casos, especialmente en las repúblicas bálticas, ello tenía una inequívoca aspiración: la independencia y la recuperación de la soberanía pues siempre se consideraron sometidos a la fuerza.

Otros, en cambio, especialmente en Asia Central, solo aspiraban al reconocimiento de ciertos elementos autóctonos y, en su caso, a una cierta descentralización pero admitiendo e incluso apoyando la continuidad, en forma más actualizada o renovada, incluso con otro nombre, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Pero el proceso había comenzado y junto a algunos territorios donde esa reivindicación ya estaba latente desde hacia tiempo e iba creciendo, sería muy relevante que ese movimiento llegase con gran fuerza a lo que era la gran madre Rusia, que de ser la aglutinadora de otras repúblicas, se convirtió tras la llegada de Boris Yeltsin en una nación donde su identidad diferenciadora de las otras alentó los movimientos de otras.

Un año después de ser elegido Yeltsin, el 12 de junio de 1990 el Congreso ruso declarararía la soberanía de su territorio. Tras la victoria de Yeltsin en 1989 Moscú ya no era el elemento vertebrador y centralizador sino que, por el contrario, marcaba un camino que sería seguido por otros, sucediéndose lo que algunos calificaron como guerra de leyes frente al poder central que cada vez se sentía más impotente para parar el proceso acelerado.

Era este indudablemente uno de los problemas que más sacudían a la URSS y en un intento de dar parcialmente respuesta a estos movimientos pero recuperando la vertebración del territorio se celebraría en marzo de 1991 (salvo en seis de las Repúblicas: Estonia, Letonia, Lituania, Georgia, Moldavia y Armenia) un referéndum sobre la conservación de la URSS en forma renovada.

Los resultados a esta consulta popular en las nueve restantes fueron muy favorables (un 78% de los votos) para el mantenimiento del Estado soviético. No obstante, resultarían engañosos dados los movimientos que se produjeron pocos meses después, tras el golpe militar en agosto y que fueron en un sentido abrumador, siempre característico de estos países, nítidamente secesionista.

Con el referéndum, Gorbachov quiso calmar las inquietudes de los sectores más centralistas de las instituciones soviéticas pero, al mismo tiempo, fue un elemento que le llevaría a diseñar un nuevo Tratado de la Unión que disminuyese la dependencia respecto Moscú.

En ese borrador de Tratado ya no se hablaba de la URSS y se dejaba a un lado la palabra "Socialistas", siendo sustituida por "Soberanas", conservando, pues, el acrónimo de la URSS (CCCP). En el texto final se eliminaría también la expresión "Soviéticas".

Sería ese elemento disgregador un elemento clave en la movilización para el intento de derrocar a Gorbachov al que en lugar de considerar que buscaba nuevas formas renovadas para mantener lo que se estaba despedazando solo, era considerado por aquellos como un

débil y destructor del sistema. De hecho, en el primer comunicado del Comité golpista que se constituyó, las referencias al elemento territorial tenían gran valor y fuerza.

Sabían bien que estos temores patrióticos eran sentidos por elementos no escasos de la ciudadanía. Por ello, no puede dejar de valorarse el hecho, de que estando prevista la firma del nuevo Tratado de la Unión para el 20 de agosto de 1991, sería precisamente el día anterior cuando se produjo el inicio del golpe de Estado, paralizando pues esa firma.

Así pues puede considerarse que el elemento territorial fue, al tiempo, causa y efecto del golpe involucionista de agosto, pues siendo una de las razones que intentó frenar esos movimientos de soberanía, produjo, tras su fracaso, un estallido en dirección opuesta, haciendo que ello se extendiese a Repúblicas donde ese sentimiento identitario era mucho más tenue, de modo que en breve, tuviesen que buscar su identidad no solo Repúblicas gozosamente liberadas sino también aquellas que se habían sentido tristemente huérfanas.

Antes de concluir este apunte histórico debe hacerse referencia a la actitud de la entonces Comunidad Económica Europea ante lo que acontecía. El proceso reformista de Gorbachov se estaba realizando en el contexto interno de una gran crisis económica, con desabastecimientos notables y una inflación elevadísima. Pues bien, a pesar de su buena imagen y relaciones con los dirigentes occidentales, y la reiteración de ayuda que el mandatario ruso solicitaba, la negativa de aquellos a apoyar económicamente a la Rusia que se zarandeaba fue importante. Desde Japón, con la controversia sobre las islas Kuriles y con EEUU no llegaba nada. Pero tampoco desde la Comunidad Europea se fue ni inteligente ni solidario con quien estaba emprendiendo unas reformas importantes pero que podía quedar devorado, entre otras cosas, por la gran crisis económica. Una excepción fue Alemania, sensible a los argumentos de Gorbachov y agradecida a éste en el proceso de reunificación del país germano.

Tras el golpe de Estado debe destacarse el cambio de actitud de Inglaterra que mostró una actitud constructiva y solidaria, reconociendo que la Comunidad Europa no había actuado

con acierto respecto a Rusia y mostrando su compromiso a impulsar un notable incremento de la ayuda. Era entonces John Major el primer Ministro.

Veinte años después podríamos preguntarnos si la ahora Unión Europea acierta en sus relaciones con Rusia y los otros 14 Estados surgidos en 1991. Sobre ello, he de decir que tengo mis dudas.

En todo caso, el mosaico es diverso y en el recorrido por estos países, ha de valorarse, asimismo, su actitud respecto Europa, siendo necesario examinar cual es el grado de desvinculación de aquello que el comunismo soviético inculcó en ellos y anticipo que veinte años después, subsisten y hasta han renacido principios que la revolución de 1991 parecía que iba a barrer.

Obviamente alejados de todo ello, están los tres Estados bálticos que declararon el primer día del golpe de Estado su independencia y la recuperación de su soberanía arrebatada militarmente en 1945. Los tres están integrados en la Unión Europea y aunque en su proceso democrático se han producido algún incidente con Rusia, sobre todo con ocasión del deseo de enterrar símbolos del ejército rojo, su incorporación plena a la Unión Europea en 2004, les ha garantizado un horizonte unánime en el camino de su identidad.

No puede dejar de advertirse que el último país incorporado al sistema monetario del euro ha sido precisamente Estonia, haciendo un gran esfuerzo en su economía. Hoy, que poquísimos países cumplen los requisitos, no sé si los estonios se habrán arrepentido de haberse incorporado al club del euro en momentos de tales turbulencias.

También se incorporaron en 2004 a la Unión Europea los países de la denominada Europa del Este que desde 1989 dejaron de ser satélites de Moscú. La doctrina Breznev que sirvió para aniquilar la primavera de Praga, propugnaba la intervención si alguno de estos países se desviaba del comunismo fue sustituida por lo que cercanos colaboradores del mejor Gorby,

denominada doctrina Sinatra, por la canción *My Way*, que suponía que cada país debía evolucionar a su manera.

Tras esa expansión de la Unión Europea, Estados ex soviéticos se convertían en fronterizos de la Unión Europea.

Es el caso de Bielorrusia. Este país, que fue uno de los primeros que declaró su independencia en 1991 ha vivido un proceso de regresión sobresaliente. Hoy no solo es una dictadura férrea sino que también es el país más soviético y abiertamente nostálgico de lo que fue la URSS.

Los enfrentamientos de Lukashenko con la Unión Europea han sido abundantes y muy encrespados, dada la personalidad genuina y bravucona del dictador cuyas elecciones son pantomimas.

Pero también considero que la Unión Europea no ha acertado en algunas cosas respecto este país. Primero, respecto el régimen de sanciones no solo políticas sino también comerciales impuestas a este país. Esos boicots se han revelado no solo inadecuados sino también contraproducentes. Los declarados frente a la dictadura franquista producían el efecto contrario de fortalecer la autarquía y el apoyo al sistema. En Bielorrusia, exactamente igual y creo que en los últimos tiempos, se intentan aflojar el régimen de sanciones.

Otro segundo aspecto en el que creo que no se ha acertado es en el apoyo a candidatos opositores con escasa credibilidad interna y posibilidades de construir una alternativa creíble a medio plazo. En este sentido, mientras que el resto de la Unión Europea se ha limitado a condenar a Lukashenko, han sido dos países ex comunistas y por tanto ahora ferozmente anticomunistas, los que han dado especial apoyo a la oposición. Me refiero a Lituania y, especialmente, Polonia. Creo que habría que buscar otros apoyos y otros líderes de la oposición.

Otro país fronterizo y especialmente importante por razones demográficas, económicas, geoestratégicas y culturales (aquí tuvo su origen la gran Rusia) es el caso de Ucrania. Allí se vivió una de estas temidas por Moscú revoluciones de colores. La naranja de 2004 fue, sin embargo, decepcionante y pronto se quedaría sin vitaminas. Las luchas intestinas entre los protagonistas, Vicktor Yushenko y Yulia Timoshenko, unida a la gran corrupción, dieron al traste las expectativas que generaron. Ciertamente es que hubo logros como el carácter democrático y homologable de los comicios electorales celebrados desde entonces o la libertad de prensa y el pluralismo. La Unión Europea se volcó a favor de los candidatos pro-occidentales de forma en exceso descarada, igual que Putin lo hizo apoyando a Víctor Yanukovich.

Ucrania tiene una doble alma, la que mira a Europa y la que lo hace a Moscú. Geográficamente cada una de esas opciones tiene un apoyo abrumador en las dos zonas en que el mapa se divide. Durante los gobiernos naranjas se impulsó mucho el acercamiento a la Unión Europea pretendiendo una futura incorporación. También se tenía como referente la incorporación a la OTAN, algo que levantaba sarpullidos en Moscú.

Esta última idea fue inmediatamente abandonada tras las elecciones presidenciales ganadas por Yanukovich en febrero de 2010. Un primer gesto expresivo de la política exterior fue la renovación inmediata del acuerdo con Moscú para el mantenimiento de la base naval rusa en Sebastopol. Quedaban varios años de vigencia del Acuerdo, pero no tuvo reparo en proceder a la renovación hasta 2047.

Con Yanukovich, Ucrania parece haber emprendido de forma firme el camino hacia una *democracia dirigida*, un tipo de gobierno cada vez más popular entre los líderes postsoviéticos.

La detención y condena de la ex primera ministra y líder de la oposición, Yulia Tymoshenko, es la última de una serie de actuaciones que confirman el deterioro democrático del país.

Hasta ahora, la reacción de Occidente se ha caracterizado más por las palabras cautelosas que por los hechos. Es verdad que la estrategia de sanciones de la Unión Europea ha tenido escasos resultados, pero el diálogo con los líderes autoritarios tampoco les ha vuelto más liberales.

Si la UE se sigue mostrando cautelosa con las críticas es, sobre todo, por el temor a que Rusia le arrebatase Ucrania. Esa preocupación se agravó con la firma del acuerdo de Járkov, que prolonga la presencia ya indicada de la flota rusa del Mar Negro, y los repetidos llamamientos al Partido de las Regiones para que Ucrania se incorporara a la Unión Aduanera encabezada por Rusia.

Cuando este partido, que es el de Yanukóvich, estableció una coalición parlamentaria, infringiendo las normas constitucionales, en marzo de 2010, la UE permaneció callada. Y mientras el Tribunal Constitucional del país reinstauró una república presidencial mediante la anulación de una reforma de 2004 que había disminuido los poderes presidenciales para dar más al Parlamento, tampoco hubo críticas desde Bruselas a pesar de que la decisión coincidió con la visita a Ucrania del Comisario Europeo de Ampliación.

Sin embargo, los Veintisiete sí expresaron su preocupación por el deterioro de la libertad de prensa. Además, condenaron —aunque esperaron a que lo hubiera hecho antes Estados Unidos— las infracciones cometidas durante las elecciones locales de 2010.

Las reacciones de crítica de Occidente por la detención y posterior condena de Tymoshenko fueron unánimes. La Unión Europea exigió unos “procesos legales limpios, transparentes e independientes para evitar cualquier sensación de que hay una justicia selectiva”. Estados Unidos fue más allá e instó al Gobierno a valorar la liberación inmediata de la ex primera ministra. Hasta Rusia se unió a las peticiones de juicio justo e imparcial, aunque sólo fuera por el miedo a que se revisaran los acuerdos de 2009 sobre el gas, el principal elemento del proceso. No obstante, parece que también en este caso la UE vacila en ofrecer algo más que palabras.

La condena de Tymoshenko parece la preparación del régimen para las elecciones parlamentarias previstas para finales de 2012. Los comicios serán cruciales para la posible reelección de Yanukovich en 2015. De este modo, al decapitar al principal partido de la oposición, el Gobierno aspira a competir sin problemas contra los comunistas y ultranacionalistas. Los resultados de un sufragio de estas características serían fáciles de predecir.

Muchos observadores, tanto en Ucrania como en otros países, opinan que las sanciones no mejorarían las credenciales democráticas ucranianas, sino que empujarían a Yanukovich todavía más hacia Rusia. Ahora bien, la UE no puede mirar hacia otro lado ante la reacción de Yanukovich contra la democracia, ni seguir ofreciéndole su apoyo incondicional.

La UE debe responder al creciente autoritarismo del régimen de dos maneras. La Unión y sus Estados miembros deben apoyar a la sociedad ucraniana acelerando la eliminación del visado y cumpliendo su promesa de impulsar la financiación de las organizaciones de la sociedad civil.

Asimismo, debe continuar su diálogo político con las autoridades ucranianas e intentar culminar las negociaciones del Acuerdo de Asociación y las conversaciones sobre la zona de libre comercio sin más dilación. No obstante, la entrada en vigor del Acuerdo debería estar condicionada a que la campaña electoral de 2012 sea limpia y libre.

El Acuerdo pretende establecer entre la UE y Ucrania una asociación basada en los principios de democracia, imperio de la ley y derechos humanos. Si Bruselas no reacciona ahora, cuando Kiev está violando esos principios, estará dando un mal ejemplo a las autoridades ucranianas. Querrá decir que no es verdaderamente necesario centrarse en las reformas democráticas contempladas en el documento.

Otro país fronterizo con la U.E. es Moldavia que después de muchos años gobernando el partido Comunista, dio un giro sorprendente en 2009 con la victoria de las fuerzas liberales y europeístas. La crisis política, con la convivencia inicial con un presidente comunista, no se

ha resuelto totalmente tras las elecciones de noviembre de 2010. Volvieron a ganar las fuerzas democráticas pero les faltaron 4 escaños para conseguir los 61 a fin de modificar la Constitución. Los comunistas sacaron 44.

Moldavia es el país más pobre de Europa y de donde proviene una mayor mano de obra más dispersa por numerosos países desde Rusia a la U. Europea.

No debe dejar de apuntarse, en todo caso, la especial vinculación de Moldavia con un país recientemente incorporado a la UE como es Rumanía.

El presidente del Consejo Herman van Rompuy viajó en julio a Chisinau devolviendo la reciente visita del primer ministro moldavo Vlad Filat.

Esta visita a Chisinau es el resultado de los dos últimos años de relaciones muy dinámicas entre la UE y Moldavia, pero sobre todo marca el punto de partida para los próximos dos años, que serán decisivos para las aspiraciones europeas de Moldavia.

La relación con Moldavia se enmarca en la estrategia para la región Oriental que la presidencia de turno polaca de la UE ha impulsado en la cumbre de Varsovia en septiembre impulsando la creación de una zona de libre comercio o el diálogo para la liberalización de visados son pasos que están creando la base para un futuro

La pequeña región separatista de Transdniestre con algo más de medio millón de habitantes es uno de los grandes conflictos diplomáticos entre Rusia y la UE.

Su situación económica y su no consolidación democrática –dejando a un lado el no where or not when que es Transdniestre - son lastres que dificultan su futuro europeo aunque es un país cuyos dirigentes tienen como referencia clara a la U. Europea. Además del perfeccionamiento de su economía y sus instituciones, deben atajar una de las lacras que quedó incubado el comunismo cual es la corrupción.

Desde 1998, Moldavia mantiene un acuerdo de Asociación y Cooperación con la Unión. Chisinau espera un día poder unirse a los 27. Otra cosa son los severos problemas de digestión y de identidad europea y estén en condiciones de incorporar más países.

Actualmente Moldavia desarrolla su primer Plan de Acción de tres años dentro del marco de la Política de Vecindad de la Unión Europea pero sus perspectivas son aún lejanas.

En otra zona, la caucásica, aquí la situación de los tres países es diversa. Por un lado, Armenia, país muy pobre y sin aspirar a acercarse a Europa a pesar del dato importante de la gran diáspora de ciudadanos que tienen, también en posiciones influyentes, en todo el mundo. Recuerden las declaraciones de condena del genocidio de 1917 que consiguieron en algunos parlamentos con gran revuelo en Turquía. Armenia sigue lejos de estándares mínimamente democráticos y su principal apoyo es Rusia.

Con este país, hay otro que comparte uno de los denominados “conflictos congelados”. Se trata de Azerbaiyán y la situación de Nagorno Karabaj. Hace año y medio se dio un gran impulso para buscar vías de solución, pero los sectores más fundamentalistas, sobre todo en Turquía (gran aliada de Azerbaiyán) lo impidieron. Azerbaiyán es un país cuyos perfiles democráticos son muy escasos pero tiene atractivo para Europa. Es un país con un gran potencial económico y comercial. Su posición privilegiada como poseedor de recursos energéticos es una alternativa al poder hegemónico de Rusia en la zona y precisamente, el peso oriental de su cultura, unido al mencionado alineamiento de Armenia con Rusia, le hace ser interesante para captar inversiones en un país que presenta unas tasas de crecimientos notables.

El tercer país caucásico es Georgia, el más pro-occidental de la zona desde hace años. Allí aconteció la primera revolución de colores, en el 2003, que derrocó al Presidente Shevardnadze que sería sustituido por un peculiar Saakashvili. Su pretensión de ingresar en la U. Europea está lejana pero aun más la de incorporarse a la estructura militar de la OTAN. La capacidad de provocar (y recibir) afrentas con Rusia es algo que les lleva caracterizando desde hace años. Ello desembocó incluso en un conflicto bélico el 7 de agosto de 2008, con

invasión de su territorio por tropas rusas. Es ciertamente un régimen en su origen democrático, pero el estilo tan personalista de gobernar hace que hayan aparecido tics peligrosos en democracia. Aun así, es el país que tiene por referencia a Europa aunque para Europa no le es tan grato su acercamiento, entre otras razones por no irritar a Moscú.

Respecto a ese conflicto, la Unión Europea encargó un informe espléndido al frente del cual estaba la diplomática suiza Heidi Tagliavini. Era tan equilibrado y ponderado que no gustó a ninguna de las dos partes y la U. E decidió meterlo en un cajón.

En lo que se refiere a Asia Central, de forma ya somera, sigue siendo una región muy dejada de lado por Europa. Ocasionalmente se aprueban en el Parlamento Europeo algunas resoluciones sobre derechos humanos, pero no se siguen ni tienen continuidad salvo cuando se producen acontecimientos especialmente graves, como los sucesos en el valle de Ferghana en junio del 2010 donde hubo 3.000 muertos en unas supuestas guerras étnicas pero que tenían otro sustrato.

Es precisamente Kirguizistán el país que en esa zona más pasos intenta dar a la hora de aproximarse a valores democráticos, con el intento de construir algo inédito en la zona: una democracia parlamentaria. Desde la Unión Europea apenas se apoya ese intento que podría ser ejemplo para la zona. Las elecciones de noviembre de 2011 son un paso en la dirección pero esta también cargado de incertidumbre.

Uzbekistan sigue, como en la época soviética, gobernada por el sátrapa Karimov. La forma de gobernar con hechos como la matanza de Andijan, provocaron en alguna ocasión protestas desde Europa que incluso produjeron condenas políticas y económicas. Es también un país que recibe poca atención desde la U.E aunque empieza a entrar en los circuitos turísticos con sus tres joyas de Samarcanda, Jiba y Bujara, lo cual ya es síntoma de ligera apertura.

Tayikistán es un país muy pobre y sin recursos. Allí la presencia de elementos islamistas, tanto democráticos como fundamentalistas, es importante e igualmente recibe poca

atención desde Europa pese su posición geoestratégica muy relevante (es frontera de Afganistán).

Turkmenistán, su capital, Ashjabad, es una mezcla surrealista de Las Vegas y Disneylandia. Es el país más cerrado del mundo y desde la muerte del Turkmembashi en 2006 (“padre de los turkmenos”, como se denominaba a sí mismo el presidente Saparmurat Niyazov), se ha abierto muy poco. Presenta un gran potencial como quinta potencia con reservas de gas. Están lejísimos de Europa.

Finalmente Kazajstán, donde, a diferencia de los anteriores, hay una clase media emergente. Sigue gobernando quien estaba ya en época de Gorbachov, el presidente Nazarbayev. El 2010 tuvieron la presidencia en ejercicio de la OSCE. Sus avances democráticos son muy lentos. En Enero de 2012 habrá elecciones donde “permitirán” que haya un segundo partido (satélite) en el Parlamento. Como en muchos de estos lugares, el axioma de la estabilidad es una excusa para no avanzar en libertades. Presenta unos perfiles de Estado abierto a nivel comercial. Tras China es el segundo país del mundo en crecimiento del PIB. Es un país que ofrece muchas posibilidades. Pero solo esto es lo que interesa a Europa, olvidando otras parcelas como la enorme extensión (cinco veces España) y su posición geoestratégica importante en lo que es la seguridad y la ruta de la droga (que ha sustituido a la de la seda), tan importante a nivel planetario.

Se ha dejado para el final el tema de Rusia que daría para un trabajo monográfico. No obstante, a modo de apunte, por razones de espacio, hay que apuntar que desde la llegada de Vladimir Putin y su pretensión de sustituir un poder ideológico por un complejo sistema basado en el *business*, la UE se ha plagado a centrar sus relaciones con Rusia en una dimensión comercial, dejando a un lado otras perspectivas como la relativa a derechos humanos y democracia que vienen viviendo una profunda regresión desde los poderes políticos y económicos que dirigen el país. El silencio europeo ante el retroceso de la libertad y la expansión de la enorme corrupción es clamoroso. Lo acontecido tras las elecciones para

la Duma el 4 de diciembre abre un periodo en el que la posición dubitativa europea contrasta con la clara crítica desde EEUU.

*Jesús López-Medel Bascones**

Abogado del Estado . Jefe Asesoría Jurídica AECID

*Las ideas contenidas en los Documentos de Opinión son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.